



EL IRIS

PERIÓDICO QUINCENAL DE LITERATURA.

DIRECCION—AGUSTIN DE VEDIA.—COLABORACION—TODAS LAS INTELIGENCIAS LITERARIAS.

La Historia antigua.

EN SUS RASGOS CAPITALES.

(Concluye.)

La propagacion de las luces que es indispensable en todo pueblo que se desarrolla, introduce ademas en Roma grandes gérmenes de revoluciones y de movimientos políticos. Con aquella poderosa fuerza de expansion, que dan á un pueblo los sacudimientos mismos, Roma se veía fatalmente empujada por la providencia á conquistar pueblos, para satisfacer la devorante sed de gloria, de riquezas y de poder, que le daba su constitucion hercúlea. Recuérdese lo que sucedía en tiempo de la revolucion francesa, y se verá de cerca los secretos de esta fuerza de expansion que de vez en cuando sacude á los grandes pueblos.

Roma llegó así á constituir un terrible poder militar, con el que sojuzgó á todos los pueblos independientes de la peninsula italiana.

No habia medio ante ser esclavo ó señor de Roma. No habia paces respetadas, desde que Roma tenia interés en romperlas.

Las mismas agitaciones interiores en que este pueblo colosal vivía, lo ponían en la necesidad de destruir á los demas, y de mantener con ellos una lucha incesante, como único medio de dar ocupacion á los elementos que ajitaban y convulsionaban el Estado.

« En el exterior es terrible la perseverancia que desplega para completar sus proyectos ambiciosos; se muestra implacable para llevar á cabo sus designios: ni los reverses la abaten ni los artificios la engañan. » (1) ¡Abuela de Maquiavelo, llevabas ya en el seno las doctrinas que tu sombra dictó despues á tu nieto: sabias sobreponerte á todo por la fuerza ó por la astucia; penetrabas por todas partes, y realizabas sin remedio lo que una vez habias resuelto! « En vano es que Cartago brille y se fortifique.

« Ni su comercio ni su opulencia la salvarán.

« En medio mismo de las victorias de su Anibal se presiente su ruina, y se imagina uno estar viendo el Aguila romana cernirse sobre su cabeza con la vista fija en ella, como en una presa, esperando el momento oportuno de fascinarla para despedazarla entre sus garras. »

Efectivamente, Cartago era uno de los mas grandes pueblos de la época. El mas rico y opulento, sin disputa. Hija de los Fenicios, esta ciudad, brillantemente situada, mucho mayor que Roma en edad, se habia hecho señora del Mediterráneo, por sus colonias y por su activa navegacion. Dueña de la España y de la Sicilia, sentada en medio de un territorio estenso y feraz; estendida sobre

las orillas y en el centro del mar mas corrido de aquella edad, era un recipiente de las riquezas del mundo; atravesaba los desiertos, sobre que reclinaba su robusta espalda, para traficar con el Asia; y los mares que ceñían su cintura, para ocupar todas las costas conocidas, desparramando en unas y en otras los frutos de sus fábricas y de su tráfico. El oro corría á torrentes por sus manos; explotaba todas las minas del mundo antiguo; habilidad que habia heredado de su madre patria.

Cartago, era entonces lo que fué Venecia, la grande y fabulosa ciudad de la edad-media, artista y casi bárbara, poderosa é iliterata, republicana y despótica, guerrera y mercantil; hasta en su organizacion política se encontrará esos famosos tribunales, llenos de misterioso terror, que fueron el cimiento de las grandezas de la Fenicia del Adriático. Su espíritu y su civilizacion eran orientales, porque eran hijos de la Fenicia.

En todas las guerras que los Persas hicieron á la Grecia, Cartago se mostró favorable á los primeros, y aun los auxilió militarmente. Los intereses de la navegacion le daban ese espíritu de monopolio, que se ve reinar, por las mismas causas, en la Inglaterra; y de aquí, su odio á las naciones griegas y etruscas, navegantes y mercantiles, como ella.

Aunque Cartago, por su posicion, no habia tomado una parte decisiva en las guerras continentales que habian sostenido las dos razas, no habia dejado, por eso, de hacer una guerra á muerte á las poblaciones griegas, que mas se le acercaban.

La Sicilia era griega, como se sabe bien; Cartago que habia logrado establecerse en esta isla famosa, luchaba con un encarnizamiento formidable por desalojar á sus enemigos; cuando aparecieron, en las costas de la Peninsula las primeras legiones romanas, y empezó á desparramarse por el mundo la fama de sus hechos y de su genio. Aquí empieza, la escena mas importante de las que componen el gran drama del Mundo antiguo.

Es inútil que hable de las guerras sicilianas que la raza africano-oriental sostuvo con las ciudades griegas y etruscas encabezadas por la brillante y culta Siracusa; por la preciosa Agrigento. Aunque Agatocles fué un gran guerrero, y aunque es cierto que hizo un brillante papel, en estas guerras tan influyentes para la civilizacion no podemos mirarlo de otro modo que como el precursor de los Escipiones. Lo que debemos buscar, son los grandes resultados: traigamos, pues, á los romanos el lugar de la escena, que ellos son los que van á darle todo su interés y su desenlace. Oigamos al poeta, y veremos la profundidad del odio reciproco, con que el destino habia dotado á los dos pueblos. El espíritu de Cartago habla por la boca

de Dido; y despues de haber deseado que los mas terribles danos aflijan a la posteridad de Roma, dice:

Hæc precor: hæc votis præcipue meo sanguine fœdæ.
Tua vos, ô Tirâ, studeat et cæcis esse futurum
Exercete odiis; emerget hæc mîme nostro
Munera: nullus amor populis nec fœdera sunt.
Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor
Qui hæc Scythias lætetur sequare colonas,
Nunc, ôlim, quôquàmque dabunt te tempore viâs
Litora liberibus contraria, fœditibus undas
Impetores, arma, arces, pugnet, ipseque nepotes.

Y así fué; y Roma con el ejemplo del odio mas implacable que ha conocido la humanidad. No hubo tréguera ni momento de paz entre los dos pueblos; ninguno de ellos podia tener descanso, sino despues de haber arruinado, por sus bases, á su contrario.

Cuando Roma se asentó á las costas de la Italia, que dan sobre la Sicilia, venia ya nutrida con la civilizacion semigriega de la Etruria; y aunque su organizacion política conservaba aun, como conservó siempre el sello de una austeridad inflexible, sus ideas y sus creencias, se desenvolvian ya ríesicamente al influjo del soplo vigoroso de la filosofia y de la literatura griega. Así es que no solo los intereses positivos, sino las creencias, y las antipatías de raza y de espíritu, coincidian para hacer de esta lucha una cosa seria, profunda y de alto significado para el porvenir de la humanidad.

Roma venció al fin; el espíritu occidental venció con ella: ese espíritu, que hoy todavía alimenta y vivifica el organismo de nuestros modernos pueblos; y sería absurdo suponer que las leyes y los resultados de la civilizacion presente, no hubieran sido radicalmente diversos de lo que son, si en vez de ser vencida Cartago por Roma, Roma hubiera sido vencida por Cartago.

Por fin, lo que importa mas deducir de todo esto, es que todas aquellas guerras y victorias se desenvolvieron, de una manera gigantesca, la sávia social de la gran ciudad. Roma marcha, desde entonces; insolente, llena de orgullo, de vigor y de magestad, á la conquista del mundo entero. Allí se alza como las diversas oscilaciones de la historia presentan de nuevo la misma empresa, la misma ambicion de Alejandro y de la Grecia. Pero, esta vez, viene concebida sobre un plan mucho mas extenso y apoyada por fuerzas mil veces mas poderosas: ya no es un hombre, ya no es un pueblo sometido á él y sin leyes, aunque trata de absorber á las naciones, para fundirlas en el molde occidental: no! ahora es Roma; ahora es una Nación Grande, heredera de aquel hombre; constituida con un vigor singular é imponderable; una nación que no ha necesitado abdicar su soberanía en favor de un despotismo; para realizar la grande obra; sino al contrario, desenvolverse y fortalecerse como asociación, como pueblo libre, y desplegar naturalmente sus institutos penitenciales. La patria, su Roma; no se vuelve ahora como en Grecia; al contrario el hombre se vuelve patria, se vuelve nación; y en la guerra aparecen, que sin el poder de dominar personalmente, hacen dominar el Estado Romano sobre el orbis terrarum. La idea del caudillo se evapora allí ante la idea del Estado.

Sin embargo, era tan profundo el terror lo que Roma había estado poseída durante su lucha con Cartago; tales las tribulaciones; los serenos cuidados que había sentido, por su existencia misma; tales los abismos en cuyo borde se había mirado; esperando por momentos ser derrocada por ellos; que, aun despues de lo que ya tenía su bandera

de hierro puesta sobre el yerto cadáver de su enemigo, temblaba de verla resucitar, y aquellas lúgubres palabras delenda est Cartago, retumbaban dentro de las austeras paredes del Senado, repetidas con una constancia diabólica por el inflexible Catón, tipo perfecto de la Roma antigua, de la Roma bárbara que ya comenzaba á descolocarse.

Ello es; que desde entonces Roma no tuvo rivales en el mundo. Navegó señora de los mares, y fijó sus leyes, con sus reales, sobre todas las comarcas. Cartago desapareció, con sus instituciones, con sus artes, con su ciencia, con su poderosa industria, con su espíritu, con todo en fin, cuando constituía su grande y original figura. Fué, para la posteridad, lo que Roma quisiera ser; y, como lo dice con tanta verdad el elocuente Hugo, Roma se hizo señora hasta de los recuerdos de Cartago, que todos debieron pasar al traves de la pluma parcial de sus enemigos.

La gran ciudad tuvo que desplegar un poder militar inmenso. Recordé, que tenía que someter al mundo entero á la dominacion del Espiritu Occidental.

Nuestra imaginacion se pesma de asombro al contemplar todo lo que Roma hizo en este sentido; y, no por haber fracasado antes de satisfacer su magnífica ambicion dejó ella de ser grande, así veces grande, entre los pueblos gigantes de la historia. El día mismo en que el terrible poder militar que había tenido que crear, arrastrada por las vicisitudes de la política y de las circunstancias, le ofrecia la victoria, sintió que el cáncer que la devoraba estaba ya en su seno. Los ejércitos romanos, que marchaban viendo retroceder siempre las fronteras del Estado, vuelven una vez su frente hacia el centro, y marchan sobre Roma misma: cansados de conquistar reinos para la Ciudad insaciable de conquistas, se insurreccionan; y marchan insolentes á conquistar el poder; el Estado se desploma, y el caudillo surge de en medio de sus ruinas.

A medida que Roma se había engrandecido, había estendido su dominacion sobre todas las otras ciudades de la Italia, con el pretexto de protegerlas, y con las apariencias de la alianza. Así era como, no solo, les imponía sus leyes, sino que las arrastraba á todas las guerras; y las hacia contribuir á satisfacer todas sus necesidades. La situación de los aliados era intolerable, en los tiempos gloriosos de la República; porque no eran otra cosa que almacenes, que cuarteles de Roma: exigencias, de mas en mas violentas y vejatorias; eran el único vínculo político que las ciudades italianas mantenian con la República patricia del Fides. Esta República, para hacer frente á las guerras lejanas, que alimentaba con la misma de fundir el mundo en una misma asociación; agotaba los hombres y los tesoros de la Italia, haciendo gemir á los aliados (nombre cruelmente irónico) bajo el peso de los impuestos y de los contingentes militares; y esto, sin extender á ellos los beneficios inherentes á la ciudadanía romana. De aquí nacian condiciones miserables de vida, que no era posible salvar, sino obteniendo el bautismo difícil de aquella ciudadanía; de modo que las poblaciones enteras de la Italia vivían en una perpétua y profunda agitación, que tenía por objeto ser admitidas á participar de la protección y de los beneficios que Roma repartía á sus predilectos. Estas solicitudes inmensas que se ofrecían para obtener este favor, inspiraban un profundo grito de aversión contra la tiranía del mundo; y fecundaban poderosos germen de revolucion en su propio seno.

Este era el estado de las cosas, cuando se presentó en

la escena política el primero de los Gracos, alzando en sus manos un famoso proyecto de Ley Agraria. Se proponia con ello, reformar la constitucion de la propiedad, enteramente opresora para el pueblo romano, y para la Italia. Nadie pensaba hasta entonces en cambiar la existencia política de los aliados; pero así son las cosas humanas; desde que llega la hora de una revolucion, basta la medida mas insignificante, una sola palabra, para hacerla estallar.

Así fué como, sin que nadie pueda decir precisamente en que ocasion se levantó repentinamente la cuestion de la emancipacion de la Italia, cuando Cayo Graco renovó las proposiciones de su hermano. El último de los Gracos esperaba, que apoyado en las Italotes, lograria vencer á la aristocracia romana, que había vencido y muerto á su hermano. Murió tambien, pero dejando establecido un cambio fundamental en las cosas públicas, dejando á la Italia entera removida, é interesada en su venganza.

Los Italotes vacilaron por mucho tiempo aun, y agotaron todas las formas legales antes de recurrir á la insurreccion armada. Nada tan heroico, ni tan magnífico, como el famoso cuadro de luchas, que ofrece en esta época la historia Romana; mil veces me he sentido arder, mil veces me he espantado, mil veces he saltado espontáneos gritos de entusiasmo, al contemplar esas luchas del foro, en que el talento, la energía y las pasiones de partido, se mezclan, se chocan, se abaten, se hieren, se ultiman con un encarnamiento y una viveza no menos sorprendente que la de las grandes batallas, que terminaron esta evolucion social de Roma, verificada por los numerosos partidos que se dividían la ciudad y la Italia. Tal es esta época que los romanos mismos llamaron — la Guerra social, y que fué ocasionada, por la insurreccion de los que estaban oprimidos por la tiranía de la asociacion civil, que servía de cimiento á la República Romana.

Aunque es cierto que durante la guerra social lucen por todas partes brillantes rasgos de heroismo y de abnegacion, no es menos cierto tambien, que ella ofrece mil veces el espectáculo disgustante de todos los excesos de la ambicion y de la crueldad mas feroz. Desde el infame asesinato de Tiberio Graco, hasta el día en que Silva volvió con sus listas de proscripcion en la mano, Roma y la Italia fueron el teatro de asesinatos y de matanzas sin cuento, y que las mas veces carecian de motivos racionales. El derrochón y la anarquía llegaron á tal extremo, que fué necesario nada menos que la terrible intervencion de Sila para salvar á los Romanos que quedaban, y prolongar un día mas la agitada agonía de la República.

La lucha de Sila y Mario, es una lucha entre el Senado y el Pueblo, entre Roma y la Italia, entre el ejército y las masas.

Sila y Mario vinieron del Oriente, y de las Galias á subyugar la patria. Se batieron en el corazón de la Italia, en los suburbios de Roma; y recien entonces fué cuando la sociedad romana conoció que carecia del mas sólido elemento de estabilidad: tenía estado, tenía leyes, es cierto; pero no tenía moral social; le faltaba, por consiguiente, la verdadera libertad y no le era posible regenerarse, sino abdicar su soberanía entre desordenes espantosos.

Quo graves Persæ melius perirent,
Audiet pugnas viuis parentum
Rara juvenetas.

Roma podia vencer á los Partos, á los Cimbricos, á los Teutonos; pero no podia gobernarse á sí misma, ni hacer jugar con orden los resortes de su constitucion social. Si

uno de los partidos triunfaba con Mario, los patricios se treaban sus laureadas cabezas en hecatostal Dios de la Discordia, y regaban el suelo de la patria con torrentes de sangre ilustre. El grito de los oprimidos se alzaba por todo el mundo de todos los rincones de la Italia; tomando los brazos, llenos de furia, se unen al partido plebeyo, para derribar á los ricos y á las nobles, que hasta entonces habían sido el gran eje de la máquina civil. Las masas de toda la Italia se lanzan frenéticas sobre Roma, para extorquerle en las calles y los pórticos de sus palacios, para vengarse así de la proscripcion con que los poderosos les habían apartado tanto tiempo. Si despues de Mario, viene Sila, el patriciado se restablece; pero abdicó su poder, y se somete con humildad á la ferocia de un tirano cruel y sangriento. El incendio, las matanzas, las proscripciones, las batallas, forman en torno de la vasta ciudad, un ruido espantoso, y el genio de la desolacion y de la inhumanidad revela, con sus alas de cuervo y sus ojos de buho, sobre las majestuosas bóvedas del Capitolio. Y cae desde el eco destemplado de sus graznidos las murallas tan respetables del Foro.

No bien Sila, cansado de despotizar, deja las riendas del Estado, cuando vuelven á empezar las convulsiones. César, había nacido ya; César, en quien Sila había adivinado muchos Marcos.

Mientras las Águilas romanas triunfaron en las Galias, en España, en Africa y en Asia, en todas partes por sus esclavos se inspiracion á la vez de Esparta, hervor de talentos distinguidos, que tuvo pericia y fortuna para triunfar de dos Cónsules de la República: las provincias de la España y de la Lusitania se levantan tambien capitaneadas por Sertorio, tan hábil y tan capaz como el que mas entre los guerreros de Roma; en fin aquella asociacion republicana y patricia viene, con su enorme peso, los ojos que la mantenían en equilibrio, y pide, en medio de horribles convulsiones, una organizacion nueva y final.

El genio patrio hace un esfuerzo poderoso, aun que se fofoca por un instante el movimiento de disolucion. Sertorio y Esparta, las provincias, la Italia y los acedias, ceden de nuevo bajo el peso de la ley romana. Pompeyo, Catón y Cicero, sostienen un momento las paredes vacilantes de este edificio inmenso que se desploma. Pero el lujo, la filosofia metafísica y escéptica, la literatura artificial y ligera, reemplazan, por todas partes, las severas virtudes y el espíritu civil, que hasta entonces habían sido el alma de la guerra ciudadana. El heroismo abandona el pecho del ciudadano, y se amalgama con la seriedad impasible y desdosa del filósofo, deja de ser Cicerón; y se hace Catón de Utica; el patriotismo se condena á la inercia y á la impotencia; se estolda su fin; enarbolada es la inmovilidad absoluta, indiferente, manrión del Estímulo, y el hombre se convierte en un animal que vive por sí mismo.

No bien toma el poder la aristocracia, verificándose aun por mil heridas hondas, que la enflaquecen; cuando el terrible Catilina levanta su nuevo y espantoso alarido de destruction. En vano es que lo sofóquen la paciencia y la fría floquencia de Cicerón, la conducta inflexible como firme de Catón; César participo en el desorden; deluspritu revolucionario, y operacion la astucia y la destreza de un gran político, el momento oportuno de realizar un trastorno fundamental y necesario en el Estado; ha recibido en herencia los Gracos y de Mario, por línea

recta, la misión de emancipar la Italia del yugo patricio, desmoralizado ya y reducido a una pomposa y fútil vanidad, en manos de Pompeyo.

Después que César hubo disciplinado sus legiones en las bárbaras provincias de las Galias y de Albion, viene sobre Roma; y en Farsalia decide la cuestión. La República aristocrática y patricia sucumbe; la Italia ha conquistado la ciudadanía Romana, ó más bien, ha sustituido al Senado de los *Quirites*, un rey, un déspota, un caudillo popular. Hablando sobre estas mismas cosas, dice Mr. Cousin con una esquisita oportunidad: «El día de la democracia no siempre es el día de la libertad.»

La libertad, consiste en una combinación armoniosa y científica de todos los intereses y de todos los miembros de la sociedad: la plebe rara vez tiene razón para concebir, y jamás tiene medios para realizarla. Cuando ella triunfa, algún hombre superior la domina; al encabzarla, para domar á sus adversarios, la doma á ella también. El movimiento se hace militar, y por lo tanto, es inevitable la dominación de un solo individuo: la oposición es crimen, porque tiende á la desorganización. Un hombre querido basta para la plebe; esta no reflexiona ni quiere reflexionar, sobre el uso que se hace del poder que dá, y los resultados funestos vienen á sorprenderla en medio de su candoroso entusiasmo.

El triunfo de César, llevado al Capitolio por las masas italianas, es el complemento de la última revolución política que podía ofrecer la Historia del pueblo romano. La revolución está consumada. César es el Dictador. Todas las pretzas de la República patricia yacen desparramadas á sus pies; porque César no es el Dictador aquel de los tiempos de conflicto, á quien las *gentes patricias* encomendaban por un momento, la salud del Estado: no! César es el poder destruyendo ese Estado, dispersando y sometiendo la clase que lo había representado: se inviste del mando, apoyándose en la fuerza de las armas, en la popularidad de que goza entre las legiones provincianas; anula fundamentalmente la república patricia, anula todas las antiguas instituciones, y sustituye su persona á todo; el poder y el grito de las masas, á todos los resortes de la política hereditaria. He aquí lo que se llama hacer una revolución radical.

El espíritu patricio sacude un día su languidez; se arma de un vigor ficticio, hace un esfuerzo convulsivo, y clava barbaramente un puñal en el pecho del glorioso déspota de Roma.

¿Qué ha conseguido?... Nada!!! matar á un héroe ilustrado, grandioso, de un génio vasto y creador, para dejar que pululen en libertad mil otros caudillos abominables, que se batarán de sangre humana con una espantosa satisfacción. Bruto y Casio tenían fe en las tradiciones nacionales, y se armaron de puñal, creyendo que no había mas obstáculo para que reaparecieran en el Estado, que la influencia de un génio: lo único, empero, que consiguieron, fué demostrar que no conocían el espíritu de su época, y, que no comprendían la revolución política que la Nación y el Mundo estaban entonces realizando.

Angusto vino de nuevo, á dar formas definitivas á la revolución de Cesar, fijando la organización necesaria que el espíritu social dominante había preparado para Roma, desde mucho tiempo atrás. La desmesurada estension de las fronteras y el extraordinario acumulación, bajo una misma ley de poblaciones heterogéneas y profundamente agitadas, hacían inevitable la creación de un fuerte centro de poder y de acción. Este centro tan sólido, tan uniforme,

que se exijia, no podía ya estar en manos de un patricio corrompido, desmoralizado, y que ya había llenado su misión providencial; se necesitaba un hombre, una sola voz; y por eso es, que el eco del desaliento y de la desesperación vino á inspirar al poeta, haciéndole esclamar:

O quisquis volet impias
Cedes et rabies tollere sivicam.
Subscribi statuta, indomatum audeat
Referre licentiam.

Se necesitaba una sola institución, para que los elementos de la acción pública se movieran con armonía, y no traspasara, hasta la superficie, el espíritu de disolución y de caos que había en el fondo de este inmenso imperio sin unidad de doctrinas, sin unidad de moral, sin unidad de creencias, sin unidad de razas, sin unidad de idiomas; todo esto había sucedido, desde que la Nación Romana se convirtió en Imperio Romano... haciéndose, mundo, lo que no había sido sino pueblo. Preciso es que nos fijemos, en que Roma no había cimentado en el mundo mas unidad que la del Estado y la de la ley; unidad que no podía menos que ser ficticia, porque le faltaba el único cimiento inamovible, que es la *Unidad de creencias*. Pronto veremos por que medios ganó este precioso bien la civilización occidental.

El pueblo romano, los pueblos italianos, las provincias romanas, es decir la humanidad, ganaron, en la revolución que plantó el Imperio sobre las ruinas de la República. Para concebirlo, basta reflexionar, que en un Estado populoso es mil veces mas pesado el yugo de una clase privilegiada, que el yugo de un solo individuo: la igualdad de despotismo es, hasta cierto punto, una igualdad de libertad. Por otra parte, desuado el déspota de los intereses de clase, abrió la entrada de los altos puestos sociales á todos los que podían acercarse á ella por el mérito ó por la intriga. El despotismo político, como todos los pesos materiales, se hace tanto mas liviano, cuanto mayor es el número de cabezas que lo soportan, y menor el número de las que lo imponen.

La profunda tranquilidad que aquel gigante imperio comenzó á disfrutar, por primera vez, bajo el régimen imperial, difundió en la sociedad el gusto de los zozcos de una paz tan opulenta y tan profunda, que mas bien era inercia. El cuidado de las cosas públicas, esa eterna aprensión del ciudadano, se desacreditó como era consiguiente: recuérdese el espíritu del poeta Horacio, y se verá dominando, en la mas alta y brillante literatura, un espíritu fútil, egoísta, indiferente y frio para todo lo que es vital en una sociedad libre. Virjilio llora humildemente en sus Bucólicas; y cuando quiere dar desahogos á las brillantes inspiraciones de su génio, cuando quiere hablar de patria y de grandezas civiles, huye del presente, y se lanza todo entero al pasado, á los recuerdos, reconociendo que solo en ellos puede exalar las pasiones patrióticas que lo ahogaban. Recuérdese el hombre ilustre de la época, el cantado por los poetas, el célebre Mecenas; ¿Quién era? Apenas me atrevo á creer que fuese algo mas que un miserable sibarita, que uno de esos insectos percosos que engordan al pié de los troncos. Pues bien; su estatua era pasada por el pueblo en fiestas públicas y solemnes, donde no eran admitidas las de Bruto y Casio, donde nadie las echaba de menos, sino Tácito, que decía: «Sed prefulgebant Brutus et Cassius, eo ipso quod imagines eorum non videbantur.»

El poder militar de los Emperadores era superior á toda exageración, y no dejaba ni la esperanza siquiera de

concebir la posibilidad de restituir una libertad, que solo habían conocido los patricios: quizá no había uno solo entre ellos por todo el orbe romano, capaz de amarla y de comprenderla. En la serie de siglos que duró el imperio, no muestra la historia sino una sola alma de ciudadano, digna de los tiempos mas vigorosos de la República, la de Tácito. Constituida una vez esta vasta autoridad, fué ya preciso aceptarla como una forma acatada, como la expresión de la unidad del Estado y de la Ley, como una monstruosa y violenta centralización, impuesta á un pueblo inmenso, que la necesitaba así, porque no tenía unidad de creencias ni principios comunes.

Roma había mostrado, desde sus primeros años, una carencia completa de moral social: había sido egoísta, cruel, inflexible: no había abrigado en sus entrañas ni la sospecha siquiera de la caridad. La igualdad política, como doctrina de asociación, como fruto del desarrollo moral de la sociedad, era una cosa completamente ajena de sus principios que no habían señalado sus leyes. Cuando Roma lo vejaba y explotaba todo, en nombre de su interés y de sus pasiones sustituyéndolos á toda otra noción de derecho social, no sacrificaba ninguno de sus instintos, ninguno de sus principios: por el contrario, obraba en conformidad con el principal resorte de su constitución, que era absorber y devorar. Hacerla responsable de los perjuicios, de las injusticias, de las atrocidades, de los ultrajes, que ha cometido como Nación, sería lo mismo que hacer responsable al tigre, de su voracidad constitucional. ¿Por qué obró Roma así? ¿Por qué desplegó los caracteres con que la pinta la historia?... Por una necesidad íntima de su organización misma.... ¿Por qué, pues, era mala é incompleta esa su organización? Yo quedo satisfecho, cuando la historia y la naturaleza me responden de consumo: — que la civilización marcha así, al favor de sistemas incompletos, que progresivamente van incorporando á su esencia los elementos de que han menester. En el Oriente se ha visto constituirse definitiva, pero exclusivamente la idea de la religión, el vasto cuerpo de las ciencias teológicas: la sociedad, la humanidad, gimen allí bajo el peso de estas monstruosas creaciones. Se emancipan en Grecia; aparece, en esta tierra privilegiada, una brillante libertad; pero es individual, no hay Nación, no hay Estado, no hay unidad; y el espíritu de la anarquía, que sopla un momento sobre aquel suelo, lo deja aislado. Aparece después Roma con el Estado y con la Ley, unidos á la libertad; pero á la libertad incompleta, á la libertad patricia, á la libertad-monopolio, á la libertad frágil, en fin; porque carece de su sola base estable, de su única penaa, que es — la de la caridad con la igualdad, es decir, la moral con la asociación. Miremos si es palpable y evidente la ley del progreso continuo, realizada en la civilización. Pasar del éxtasis contemplativo á la pasión, de la pasión al egoísmo, es progresar, hablando racionalmente; y tal es, la marcha que la sociedad política ha hecho, pasando del Oriente á Grecia, y de Grecia á Roma.

¿De dónde sacarán, las sociedades humanas la doctrina de la asociación moral, que tan altamente pedía ya el espíritu moderno cuando el Atleta romano comenzaba á sentir el languido ¿por que precede á la muerte? Apenas hay en la historia hecho alguno, que resalte con mayor vigor que éste, en medio de sus páginas. Siglos hacia ya que el espíritu griego (recuérdese que lo hice notar) trabajaba por asimilarse las doctrinas teológicas del Oriente, y por darles las formas de una moral individual, humana, socialista, si me es permitido introducir aquí este término moderno.

Desde Pitágoras hasta Epitecto y hasta Séneca, en Atenas, en Roma y en Alejandria, hubo siempre un Censuero de hombres escogidos, de pensadores soberanos, que dejando rodar la política del mundo por su fatal pendiente, se ocupan de elaborar creencias, de desparramar convicciones, de formlar en fin las doctrinas absolutas, que corresponden á los destinos filosóficos del hombre, como individuo, como sociedad, y como humanidad. Tomad á Platon y á sus iguales, y vereis donde estaba ya en este el trabajo, en los últimos tiempos de la Grecia: recordad los resultados con que lo habían enriquecido las famosas escuelas de Alejandria, y vereis cual era el estado que tenía esta elaboración de doctrinas morales y socialistas, en los tiempos del Imperio Romano. El espíritu griego trabajaba, pues, ardentemente sobre las doctrinas teológicas del Oriente, con el objeto de arrancarles una filosofía social, humana, capaz de armonizar la humanidad entera, por medio de la *unidad de convicciones*. No había remedio; ó la civilización realizaba esta conquista, ó perecía con el Imperio Romano, y quedaban anuladas y contradichas todas las leyes históricas de Dios.

No temamos por el destino de la humanidad, que es Dios mismo quien se ha encargado de él.

Sócrates, Platon, Aristóteles, Zenon, Epitecto, y muchos otros pensadores pacíficos y profundos, se ocupan de estudiar los resortes del pensamiento humano, el secreto de sus afecciones y de sus pasiones, la ley de sus acciones, y mil otros problemas de un encadenamiento directo con los misterios de su destino colectivo é individual. Estos génius nada producen para la sociedad contemporánea; á sus escuelas vá solo un pequeño número de discípulos, hombres cansados del desafuero público, que, para consolarse de él, han resuelto remontarse al mundo de las investigaciones metafísicas, á la region de las utopías, en cuyo encanto buscan el olvido de las realidades. La sociedad griega ó romana, es decir, las leyes contemporáneas, ningún fruto sacan de sus lentos trabajos; no importa! estos hombres se ocupan del porvenir, y á fé que lo preparan inmenso para la humanidad.

Muerta la Grecia, sus doctrinas emigran á la jurisprudencia Romana, y á Alejandria. Los juriscónsultos las reducen á la expresión geométrica de una justicia parcial, encerrada en los términos expresos de la ley civil; la justicia pública, que es la igualdad social mantenida por la moral de la asociación, no podía existir en el Imperio Romano: porque esta justicia no marcha sino en los hombros de la libertad. Mas, en las escuelas de Alejandria, al pié de las colosales creaciones del Oriente, fué donde el espíritu griego bebió la esencia de la filosofía social, de la doctrina de Asociación, que necesitaba el mundo para rejuvenecerse. Atacado y destruido, por esta filosofía, el espíritu, anárquico y fútil del Paganismo Griego; desvanecida, por ella también, las formas gigantescas y monstruosas de la Teología oriental, empezó á expandirse lentamente el espíritu racional del deísmo que envolvían las doctrinas orientales, amalgamado con la tendencia práctica, social y moralista, que era propia del génio Occidental.

Permitásemse agregar dos palabras acerca de este precioso desenvolvimiento del espíritu filosófico de la Antigüedad.

Y señalarlo, estoy muy lejos de asegurar que el fuese popular en aquella época: no! No había bajado por cierto, á la conciencia de las masas, ni podía bajar tampoco, sino después de muchos siglos de acción y de trabajo. Era, por consiguiente, un jémen del mundo futuro, y no un

elemento del mundo contemporáneo. Reflexionemos en lo que, aun hoy mismo, cuesta para que las especulaciones filosóficas bajen á la conciencia de las masas; hoy que tenemos la imprenta y tantos otros poderosos medios de propaganda y de popularización. Era preciso que la Grecia elaborase lentamente la filosofía antigua, y que la sociabilizase; para que Roma la pudiera incorporar al Estado, bajo la forma de ley civil; y para que las predicaciones cristianas pudieran depositarla en el seno de las masas, como el jérmén de la Asociación libre y moral de los tiempos futuros, de esos tiempos que comenzamos á ver ya, de nuestro siglo, adquiriendo una innegable realidad.

Acaba de deslizarse, la última palabra que he de pronunciar en este ligero opúsculo. He hablado de cristianismo. Me esplicaré.

Con el impulso filosófico de que antes hablaba, coincide un gran movimiento social, una profunda revolución. En medio de todos los pueblos que se acabamos de ver figurar en la escena de la historia, se había conservado uno cuyas creencias religiosas le habian sido directamente reveladas, de viva voz, por la Divinidad; que en distintas épocas se había puesto en comunicación material con él. Este pueblo era, entre todos los antiguos, aquel sobre quien Dios había fijado sus miradas, sobre cuya suerte influyó de un modo inmediato, y con frecuencia. Le había prometido poner en él á su mismo hijo, el Verbo encarnado de su completa salud; y, aunque muchos otros pueblos del Oriente creían tener también la misma dicha, y adoraban varias encarnaciones de la Divinidad, tales como las de Vishnou en Bama, las de Chiva y otras; el pueblo Judío era solo el que verdaderamente estaba predestinado á producir este profundo misterio, de tan inmensos resultados para la civilización moderna. Quizá no tenían los otros esta creencia de la Encarnación Divina, sino por haberla robado á las doctrinas judías. En fin, no olvidemos que lo que la humanidad necesita es una doctrina de asociación moral y de libertad, una creencia universal; no olvidemos que hemos dejado á la filosofía griega entregada á la vasta empresa de elaborarla, desde algunos siglos atrás. Ahora es cuando nace en la Judéa el hijo de Dios, el Cristo, que va ser el eje de esa doctrina y que la va á desparramar por entre los hombres, para crear una gran nación — la Cristiandad, — constituida sobre tan sólidas y tan anchas bases que dentro de ella hay libertad é independencia para todos los pueblos, leyes para todos los Estados, igualdad para todos los individuos; desde entonces, el despotismo, cualquiera que sea su género, es la violación de la moral y de la política cristiana.

Hay en este gran movimiento de asociación, que el cristianismo imprimió á la humanidad, una perfecta analogía con las aspiraciones de la filosofía griega. Bien se sabe que los Padres de la Iglesia, han dicho, que Platon ha sido un cuasi inspirado por Dios; bien se sabe el uso que la Teología católica, tan profundamente grande, ha hecho de Aristóteles y Platon; bien se sabe la codicia insaciable con que devoraban la lectura de sus libros.

Pero, no nos precipitemos; no se va á crear que yo sostengo que estas revoluciones se realizan, así, como se conocen: El mismo elemento, que contenia la propagación de las doctrinas griegas, va á pesar sobre las doctrinas cristianas, deteniendo los preciosos resultados que la humanidad debía esperar de ellas. El tiempo, lo somete todo á las lentas condiciones de su fatal influencia. Pensemos en las masas; pensemos en su atraso; pensemos en su corrupción y en su ignorancia; y comprenderemos las luchas

y los obstáculos que las buenas doctrinas prueban en la Historia. La filosofía griega no podia pasar á ser el patrimonio de la sociedad humana, ni á impregnar el espíritu de todas sus instituciones, sin verse ante mezclada, por la influencia del tiempo, en grandes y fundamentales revoluciones. Bien! Igual cosa había de suceder al cristianismo. Antes de que las utilísimas y puras doctrinas, que iniciaba, produjeran sus resultados sobre la mente y el corazón de los pueblos, debían pasar á través de terribles trastornos, mirándose muchas veces confundidas en el desajuste general. En fin, estenderme más sobre esto, sería salir de los pueblos antiguos, y revolver con una mano cansada las pájinas de la Historia Moderna.

Antes de concluir, debo señalar un tiempo esencial, á saber; que no siendo el cristianismo filosofía pura, sino Religión, culto, creencia, tenia manifiestos puntos de contacto con las creencias orientales. Aunque Jesús anuncia en su doctrina, de un modo eminente, el espíritu de su época, era, por otro lado, una continuación de Moises; y no es necesario digna, que Moises era un miembro del imperio de los Faraones, un discípulo, quizá, de la casta sacerdotal del teocrático Egipto, que tantas analogías tenia en la Judéa. De aquí, resulta un hecho que me abstendré de juzgar, y que apuntaré solamente. El espíritu puro y exclusivo de la filosofía abrió una lucha evidente contra las contradicciones orientales, que el cristianismo traía incorporadas á su seno. Por esto es que el espíritu escéptico é independiente de la filosofía griega aparece periódicamente, en la historia moderna, de cuando en cuando, y en épocas muy marcadas, con intenciones muy claras, con medios muy conocidos, con aspiraciones muy seculares. El *Clasicismo* es muy travieso; no hay que mirarlo con desdén.

He concluido aqui mi tarea. El espíritu de la civilización emigra del Mundo antiguo; y no se va á crear, que esta emigración sea una mera figura de retórica, que se me ocurre al pasar de los tiempos antiguos, y de su historia, á los modernos tiempos, á la historia de nuevos países y de nuevos pueblos — ¡No! Consta, que esta emigración era un hecho presentado y profetizado por las mas sagaces y valientes cabezas de la antigüedad. La encontraremos en los *Jermanos* de Tácito, á cada línea; y si abrimos los *Epodos* de Horacio, le veremos execrar á Roma, al mismo tiempo que canta con entusiasmo el triunfo del mundo futuro y su risueña suerte:

Haec, et quae poterant recitari abstinere dulces,
Etiam omnes excreta civitas.

.....

Erruca procer et volat litura.

Nos mmet Oceanus circumvagus: arva, beata

Petamus arva, divites et insulas.

Reddit ubi Cererem tellus inarata quotannis

Et imputata foret usque vines;

Germinali et nunquam fallentes termes oliva

Suumque pulla flos ornat arborem;

Mella cava manat ex illic montibus altis

Levis crepan lymphas desiliat pede.

.....

Pluraque felices melleborum, ut neque laetibus

Aequare Euris arva redat imbribus;

Pinguia nec stercis urantur semina glebis;

Utrumque regem temperate coelum;

Non hinc Argos conatidit remige pinus;

Necque impudica colchis insidit pedem;

Nos huc Sidonii tondentur cornua naute

Laboriosa nec cohors Ulixi;

Jupiter illa piæ secreti litura geni

Et inquinavit oere tempus aureum:

Aerea de hinc ferro duravit aevola, quorum
Pili secunda vate me datur fuga.

Esta es la bendición que nuestros venerables antepasados pronuncian al sentir los primeros movimientos del embrión de este Mundo en que vivimos hoy, La Tierra dichosa y férax que Horacio punta, en estos versos, es — el *Porvenir*; lleno, el poeta, del hastío y del desprecio que le inspira la cadavérica civilización, que se arrastra en las calles de Roma. *Evanus omnes excreta civitas!* exclama, y se complace en pintar, con su profética fantasía, el bienestar del mundo moderno, diez y nueve siglos antes de que se formara. Permitaseme decir de paso, que estas son las dotes que hacen grande y sublime á Horacio, y no el arte estrecho con que quiso asignar reglas á la poesía. Todos los pueblos del mundo antiguo han cobijado y sustentado y fortalecido como se vé, por un momento, el espíritu de la civilización. El pasa ahora á mundo nuevo, nutrido ya con lo más puro de los sudores de la Humanidad Antigua á revolver las rejiones bárbaras y desdichadas, á enrollar á todos los pueblos bajo un mismo emblema; á elaborar, en medio del caos, el espíritu social moderno para darle formas definitivas, y hacerlo desplegar en pocos siglos las alas inmensas con que hoy protege y regenera á todas las Naciones.

Mas, no nos olvidemos tan pronto de la antigüedad. Al rededor de la civilización actual tenemos cual *nomias* de sociedad, á todos los pueblos antiguos. Si! Ahí están, con sus mismos hábitos y sus mismas propensiones. Es un error suponer que hayan desaparecido de la tierra. Viven, y viven idénticos á lo que eran cuando representaban un hermoso y brillante papel en el mundo. Lo que ha sucedido, es, que su géneo y su espíritu han permanecido los mismos que antes eran, mientras que los tiempos han andado: ese géneo ha venido á ser importante, por esto, para figurar con relieve en medio de las cosas modernas. Hé aquí la razon de que sean estacionarios, y de que vivan en la oscuridad. Mírese la Italia, la Grecia y la España, las mas modernas entre las naciones antiguas; digo las mas modernas, porque aun en aquellos remotos tiempos, en que brillaron, lucian cualidades especiales del espíritu reinante en estos dias, que llamamos nuestros: míreelas hoy, — son los mas antiguos de los pueblos modernos: son planetas del mismo sistema solar en que nosotros jiráramos, pero planetas lejanos, sin verdadero resplandor, que recien comienzan á moverse en el mundo de los vivos: son pueblos, que balanceándose entre el presente y el pasado, duermen perezosamente sobre las ruinas y los recuerdos. Si se fija la atención en uno ú otro literato, en una ó en otra ciudad, la alucinación inducirá á creer que estoy equivocado; no, yo no hablo de individuos, hablo de los pueblos. La Italia con sus saltadores, sus contrabandistas y sus *vendettas*, es hoy todavía la Italia romana: sérios viajeros y profundos ovejunos nos lo enseñan. La Grecia es casi la misma que fue antes, anárquica, indisciplina, pirata, sin unidad real; gracias á las inmensas influencias europeas, que pesan sobre ella, si dá pasos en la carrera de la constitucion y del órden. Mas allá encontraremos, de una manera mas accidentada, á los pueblos verdaderamente antiguos; el asiático, el árabe, el judío, el africano — ¡Oh! saludemos con respeto á estos venerables restos de la Antigüedad, que se agitan y viven en medio de nuestro mundo jóven; y deseemos que cuanto antes luzca el dia en que esa civilizaci6n preciosa, que los pueblos modernos han producido trabajando las riquezas que de aquellos heredaron, pase á

incocular su vigor vital en esos grandes cuerpos, que duermen indolentemente sin beneficio presente de la humanidad.

Esta es mi última palabra, mi último voto, al cerrar este rápido cuadro, en que he querido ofrecer los grandes resultados, que han dado á la civilizaci6n humana los pueblos antiguos. Deseo la *filosofia y la libertad para todos*: su culto está providencialmente destinado á reinar sobre el orbe.

VICENTE FIDEL LOPEZ.

El Bandido.

Predicam sine matre creatam.
ovos.

(Concluye)

XIX.

La meditaci6n, esa sublime facultad con que Dios ha ennoblecido al hombre, procura levantarlo siempre sobre las impresiones del momento, para evitar que lo arrastren á la satisfacci6n brutal del instinto. Si bien esa facultad es natural y se desarrolla espontaneamente en el alma, necesita ilustrarse, ejercitarse y ponerse en comunicaci6n recíproca, por que el hombre no es sino la comunicaci6n del hombre, en todo sentido, — y para que sus facultades den el resultado de que son capaces, necesario es que el individuo se complete con la imitaci6n de todo su ser en la masa social, así como la masa social necesita completarse con su confusi6n en la unidad humanitaria.

Sociabilizar al hombre, hé ahí el programa de su perfecci6n; pero sociabilizarlo no es obligarle á tener un domicilio, obligarle á ganarse su pan con el trabajo, á prestar ciertos servicios puramente materiales; esto será efecto de su sociabilidad, una vez conseguida. — Sociabilizar al hombre es elevar su espíritu á los fines de la sociedad, es entrelazar su espíritu á los demás espíritus, para que sus hechos respondan á los hechos de todos.

Esta tarea se desconoce completamente. — El hombre se halla por lo general en tres estados muy distintos: en completo abandono moral, entregado á malas enseñasas, elevándose por sí mismo á un nivel superior.

En estos dos últimos casos ó se forma un criterio artificial é imico, ó estroviado en la esfera de su superioridad, desdeña la sociedad como elemento vivo y la busca como instrumento ciego — Así es el mundo civilizado — hoy grandes masas de egoistas que compran su tranquilidad particular á precio de indiferencia por la tranquilidad pública, y círculos de señores de las situaciones que dominan á título de auidacia y por la amenaza de destrucci6n.

En el primer caso, el hombre en completo abandono moral, es como esas exalaciones que estinguen su brillo, no encontrando en el estrellado firmamento, la constelacion y el punto de su colocaci6n. — Debateo entre sus impresiones del momento, no encuentra el impulso de su alma, cede á los impulsos esterioros, y es la presa de la seduccion fisica. Si es una muger entrega su cuerpo á la vocation de ese monstruo insaciable que se llama placer; si es un hombre entrega sus fuerzas á esa máquina infatigable que se llama egoismo; el espíritu se estingue y si brilla en algunos instantes, ilumina con la vaguedad y fosforescencia del relámpago su propia miseria y degradacion.

Tal le sucedía á Amaro; su espíritu le reflejaba su crimen, y espontaneamente vislumbra en los contornos de su visi6n, un reproche terrible pero indefinido, inesplica-

bargo, talvez haya aun alguna esperanza de recobrar ese dinero...

Julian — No tengo ya ninguna! Los miserables que han robado á mi criado habrán tomado sus precauciones para no ser aprehendidos!

Ernestina — Doscientos mil francos!... Es una suma considerable!...

Julian — Este acontecimiento arruina mi fortuna!... Pero yo trataré de contener los estragos de este golpe. Lo único que me aflige es que debo romper los compromisos que existían entre nosotros!...

Ernestina — Qué queréis decir?

Julian — Debeis comprenderme, senora; yo no debo acordarme ya de la promesa que en otro tiempo me hicisteis!...

Ernestina — Qué, señor! Pensáis que el desastre que os ha sobrevenido en vuestra fortuna, podría hacerme faltar á mi palabra?...

Julian — No, senora, no; conozco vuestra delicadeza; sé que ese suceso no cambiará vuestros sentimientos, pero sé tambien lo que me toca hacer... y cuando los partidos mas brillantes se honran en disputar vuestra mano, no me aprovecharé yo de una promesa para...

Ernestina — Oh! Tengo vuestra palabra, señor, y exijo que conserveis igualmente la vuestra!...

Julian — Volveremos sobre esta conversacion, senora, pero permitidme que vaya á tomar de mi criado todos los detalles de ese desgraciado suceso!...

Ernestina — Espero volveros á ver en breve.

Julian aparte — Muy bien!... Podré así abandonar la casa sin que se pueda culpar mi proceder!

ESCENA XVI.

ERNESTINA sola.

He ahí á los hombres!... Julian me considera capaz de abandonarle cuando se halla desgraciado!... No, señor, no; ahora os nireis á mi destino!... preciso es que así sea!... Ah! Leoncio, ahora sí que estamos separados para siempre!

ESCENA XVII.

ERNESTINA, LEONCIO.

Leoncio — que acude enjugándose la frente — Ah!... Héme aquí!... no he descubierto nada aun; pero quiero ante todo, conocer nuevos detalles... y en que parte del bosque... Y bien! Ernestina, qué tenéis? Qué significa esa tristeza?...

Ernestina — Dejadme, Leoncio, no me habeis!... Todo ha concluido... ya no hay ningún vínculo entre nosotros!...

Leoncio — Cielos!... De que proviene ese cambio tan repentino?

Ernestina — Julian ha perdido una parte de su fortuna, y eso me fuerza á mantener mi compromiso; si señor ahora es necesario que me ligue á su destino!...

Leoncio — Pero todavía puede haber otro medio, escuchadme!...

Ernestina — No, Leoncio, no lo quiero... no debo ya escucharos!... (Sale)

ESCENA XVIII.

LEONCIO solo.

Huye de mí, gran Dios, sin escucharme!
No hay para mí reposo si la luz ata
Los dulces lazos de mi amor desata
Y huye á mi amor!

Ah! todo hay que temerlo en este día!...

Quiera guardar terrible su promesa,
O en aras de glacial delicadeza

Espirar de dolor!

Oh Dios de los amantes, yo te imploro!

Proteje de tu solio mi destino.

Vierte un rayo de luz, en mi camino,
Infundeme valor!

Y sin embargo es á mí á quien ella ama!... Esta mañana me lo confesaba aun... y ha sido preciso que á mi rival le estuviese reservada la felicidad de ser robado!... Parece que se haya hecho espresamente... Esto es para hacer perder la cabeza... Que me toca hacer ahora para impedir?... Pero... oh qué idea feliz. Sin duda alguna, soy rico, y puedo... Sí, sí; qué me importará un poco menos de fortuna? No es á la posesion de Ernestina á la que está vinculada mi felicidad? Ah! Señor D. Julian!... Habiéis querido ser robado; seréis rico pero no os ligareis á la muger que yo amo... El notario inmediato es amigo mío y servirá mi proyecto... Sí... puedo... (Piensa).
(*Martin llega por el fondo.*)

ESCENA XIX.

LEONCIO, MARTIN.

Martin — aparte Este es el señor que corre tras de nuestros ladrones!

Leoncio — vivamente á *Martin* al apercebírle — Ah! amigo mío, tranquilízate á tu amo; dile que ya se ha descubierto la huella de tus ladrones y que antes de poco espero...!

Martin — Qué dices, señor?...

Leoncio — Tranquilízate! Te repito que nada se habrá perdido! (Sale corriendo).

ESCENA XX.

MARTIN, solo.

Se ha descubierto la huella de mis ladrones! Vaya! Por cierto que no lo esperaba!... Ah! este señor está equivocado, sin duda; sé mejor que nadie que habrán buscado devalde!... Les desafío á que atrapen uno solo!... Silencio!... Vienen las señoras.

ESCENA XXI.

MARTIN, ERNESTINA, ADELA, despues JULIAN

Ernestina — Ah! Estais aquí Martin. Cómo os hallais ahora?

Martin — La senora es muy buena!... Estoy mucho mejor... los bandidos no me han herido afortunadamente!

Adela — Y vuestro amo?

Martin — Oh! toma la cosa con un calor!... Sin embargo, se dispone á hacer todas las diligencias posibles para que se persiga á los que me han asaltado... Vedle precisamente aquí, dispuesto á partir á lo que veo...!

Julian — entrando con su sombrero en la mano — Señoras, vengo á decirlos adios.

Ernestina — Qué! ¿nos abandonais?

Julian — Sin duda será por poco tiempo!... Pero tengo que hacer diligencias acerca de las autoridades, á fin de que se pongan sobre las huellas de los que me arrebatan una parte de mi fortuna!...

Ernestina — Esa partida me contraria mucho! Y si me prometéis regresar en breve, pero Leoncio viene... sabrá alguna cosa?...!

ESCENA XXII.

Los Precedentes, LEONCIO.

Leoncio — dirijiéndose á *Julian* con una carta en la mano. — Ah! os buscaba! Un paisano traía para vos esta carta; me he encargado de ella en la esperanza de que os dé alguna noticia de vuestro asunto.

Julian tomándola — Es mucha bondad de vuestra parte, pero no creo sea eso de lo que se trata!

Martin aparte — Ni yo!

Leoncio — Y porqué?

Ernestina — En realidad!... Leed de prisa, os lo suplico!

Julian abriendo la carta — Es del notario inmediato... Veamos... (Lee) « Señor, uno de los picaros que han robado á vuestro criado acaba de ser detenido por mi servidumbre y conducido á mi casa... »

(*Se detiene, y mira á Martin que tambien le mira.*)

Martin aparte — Esto sí que está bueno!...

Julian mirando á Adela — Es singular!...

Ernestina — Continúa!...

Martin — Oh! sí, señor, es muy curioso!...

Julian leyendo — « Le he prometido su perdon si restituye lo que poseia, indicándome dónde podria hallar á sus cómplices... lo ha hecho... Antes de poco tiempo espero remitiros todo lo que se os ha tomado; entre tanto, podreis venir á mi casa á recibir sesenta mil francos que el picaro ha restituido, y que tengo á vuestra disposicion. »

Martin aparte — Esto pasa de castaño oscuro!

Adela aparte — No comprendo nada.

Julian — Vamos, no es posible... Y bien! Martin, qué dices tú de eso?

Martin — Digo que... á fé mia... no sé ya que decir!...

Ernestina — Pero que hay en eso de extraordinario?... Ese hombre ha confesado para obtener su perdon, lo que se vé todos los dias.

Leoncio — Sin duda alguna!... Ahora respondo de vuestra suma!

Martin — Vamos, señor; es preciso ir á tomar á cuenta, y nada mas!

Ernestina y *Leoncio* á *Julian* —

Sin demora es preciso partir

Hasta ver al notario discreto.

Julian y *Martin* aparte —

Esto oculta sin duda un secreto,

Pero yo lo sabré descubrir.

Ernestina — Qué os impide Julian el partir?

Julian y *Adela* aparte —

Tal suceso mi dicha sepulta!

Un misterio aqui en esto se oculta

Que sabremos al fin descubrir.

Martin — (*aparte á Julian*)

Os engañan, es lo verdadero,

Mas de donde podrá dimanar?

Ernestina y *Leoncio* —

Nada al fin perdereis, tal lo espero,

Sin poder mi alegría espresar.

Ernestina — Es precisa y muy clara esta carta.

Leoncio — Vuestra suma os será restituida.

Julian — Yo no puedo en conciencia aunque parta,

Recibir esa suma ofrecida.

Martin — (*bajo á su amo.*)

Sí, señor, por salvar la apariencia

Recibid, — es un paso prudente.

Ernestina — Que razon os detiene en conciencia?

Os dejais usurpar friamente?

Julian — Bien! marchemos con pausa y criterio,

Ya que todos los quieren y es dable—

Para dar solucion al misterio

Al notario traeréle á que me hable.

Leoncio y *Ernestina* (*aparte*).

Tan casual y feliz circunstancia

Satisface de mi alma el deseo,

Y me deja abrigar la esperanza

De formar el mas dulce himeneo.

Julian y *Adela* (*aparte*).

Obremos los dos con prudencia,

Cediendo hoy á su instancia y deseo,

Couservando tambien la esperanza

De formar el mas dulce himeneo.

Martin á *Julian* (*aparte*)

Obraed ambos con tacto y prudencia,

Ceded hoy á su instancia y deseo,

Mas guardad á la vez esperanza,

Yo otra vez romperé ese himeneo.

(*Las dos señoras salen seguidas de Julian.*)

ESCENA XXIII.

LEONCIO, MARTIN.

Leoncio, (*aparte*) — Vamos, todo marcha bien!...

Martin — (*aparte*) Hay aqui alguna contra-astucia, que es preciso que yo descubra, ó hé de quedar deshonrado!...

Leoncio — Sabeis, Martin, que tu amo es un hombre singular?... Cómo... Parece que ha sentido recobrar el dinero que os han robado...!

Martin, *aparte* Este señor ha traído él mismo la carta. ... Tengo mis sospechas... ¡pardiez! sería curioso!

Leoncio — Y bien? — ¿no respondeis?...

Martin — Perdon, señor, es que pensaba... si me atreviese á hablar al señor, veria que el asombro de mi amo es bastante natural.

Leoncio, *aparte* — Qué quiere decir!... (*Alto*) Y bien! habla, esplicate!...

Martin — Temo que mi amo se enfada; es un secreto... y...!

Leoncio, aproximándose á él — Qué temes!... no sabrá nada... (*Poniéndole una bolsa en la mano*) Soy discreto!...

Martin, (*poniéndose la bolsa en el bolsillo*) — Oh! desde que el señor es discreto!... estoy tranquilo... Sabreis pues que por el azar más singular, los que me han robado han tenido remordimientos!... eran, á lo que parece, pobres diablos, extraviados por la miseria... pero han oido la voz del honor y un cuarto de hora antes de que trajeseis vuestra carta mi amo habia recibido otra que encerraba sus doscientos mil francos, con las espresiones del mas vivo arrepentimiento!

Leoncio — Seria posible!... Pero esa partida de tu amo!...

Martin — No era sino para ceder á los deseos de esos desgraciados, que, de temor de ser sospechados, le habian suplicado que aparentara perseguir á los ladrones.

Leoncio, *aparte* — Vamos! He cometido una tontería. (*A Martin*) Y mi carta?

Martin, riendo — Vuestra carta!... Ah! señor, pensais que podiamos creer en ella?... Qué de prisa lo he adivinado!...

Leoncio, vivamente — Y bien! Sí, te lo confieso, era

una astucia de mi parte; temia que Ernestina se casase con tu amo por delicadeza, pues no puedo ya ocultártelo; Ernestina y yo nos amamos, y tu amo ha llegado en muy mala ocasion!

Martin aparte — Ah! con que asi... Alto! Como! Señor, amais á la Señora Da. Ernestina?

Leocio — Te digo que la adoro, y es necesario, absolutamente, que sirvas á mi amor; segundándome sirves tambien á tu amo, pues si él se casa con Ernestina que no le ama...

Martin — Si, entiendo!... entiendo... tenéis razon, es preciso romper ese matrimonio...

Leocio — Obra, ejecuta, dispon de mi fortuna!

Martin — Está arreglado ya todo señor.

Leocio — Será posible!

Martin — Esta tarde misma se firmará nuestro contrato.

Leocio — Eres un muchacho impagable!... y ese medio?

Martin — La señora se aproxima... venid, voy á ponerlos al corriente de todo!...

Salen por la derecha. Ernestina viene por la izquierda.

ESCEÑA XXIV.

ERNESTINA sola, con una carta abierta en la mano.

No vuelvo de mi sorpresa!... esta carta que acabo de hallar en el aposento de mi hermana... oh!... es exactamente de Julian... dirigida á Adela... Qué feliz descubrimiento! Mi jardinero acaba de decirme tambien que ha hallado el caballo de Martin, cargado con la baulija de su amo y estado á la entrada del jardin! En verdad que los ladrones han sido hombres honrados... Ah! todo lo adivino ahora!

Del amante me perfecto
Al creerle modelo fiel,
Ay! él hacia en efecto
Mi amargura mas cruel.
Ahora, por su inconstancia
Mando yo en mi corazon;
Ah! renazco á la esperanza,
Goces me angura el amor.
No es el mismo; no me cela,
Ya no es á mi, á quien ama,
Son sus votos hoy de Adela,
Confundidos en la trama!
Ese vivo, intenso ardor
Que él aparentaba ayer,
Es de mi hermana el amor
Quien lo hacia aparecer.
Ahora por su inconstancia
Mando yo en mi corazon;
Ah! renazco á la esperanza,
Goces me angura el amor.

Viene Julian... aprovechémosnos de lo que sé para divertirnos un poco á su costa.

ESCEÑA XXV.

ERNESTINA, JULIAN.

Julian aparte, leyendo una carta en su bolsillo — Martin acaba de entregarme esta pieza de conviccion, ... Ah! señora, esa es vuestra fidelidad!

Ernestina alegremente — Ah! ¿sois vos, Julian?

Julian — Si, señora, vengo de casa de ese notario.

Ernestina — Y bien! ¿os ha entregado los sesenta mil francos?

Julian — Oh! sin ninguna dificultad!... Ernestina — Y los otros ladrones? Julian — Como si estuviesen detenidos! Estoy seguro de mi dinero.

Ernestina — Esa noticia me causa una gran satisfaccion. Julian — No podeis dudar de la que yo siento!... el obstáculo que me separaba de vos ya no existe.

Ernestina — Sabeis que nunca lo he conocido!

Julian — Nada puede ahora oponerse á nuestra felicidad... á menos que vuestra voluntad...

Ernestina — Ah! no dudeis de que ella os sea favorable!... Julian aparte — No puede engañarse mas hábilmente! Ernestina — Debo recompensar vuestra constancia! Julian — Es igual á la vuestra! Ernestina aparte — Cuán falsos son los hombres! Julian — Contando con vuestra constancia, previene al notario, que me sigue...

Ernestina — El notario? (Aparte.) Mejor que mejor; pero qué seguridad!...

Julian — Habré hecho mal!

Ernestina — Oh! no; cuando se ama... como nosotros nos amamos, la felicidad no se puede asegurar lo bastante!

Julian aparte — Ansio la hora de confundirla!

Ernestina aparte — Qué placer tendré en probarle su perfidia!...

ESCEÑA XXVI.

Los precedentes, LEOCIO, ADELA, MARTIN.

Leocio y Adela — El notario ha llegado aqui ahora, Vuestros votos se van á colimar: Es preciso sin leve demora El mas dulce connubio formar.

Martin á Julian — Al notario que espera, se ordena Qué le deba decir? Ernestina — Un instante! Añes que una insoluble cadena Uno al otro nos una constante, (A Leocio) Está carta felicemente hallada Os suplico leais con cautela.

Leocio — (Toma la carta y lee con expresion): « Vos, la sola mujer adorada,
« Recibid mis promesas, Adela!
« Oh! mil veces lo digo y no cedo,
« Destruiré el compromiso — ¡por Dios!
« Á Ernestina ligarme no puedo,
« Yo no quiero adorar sino á vos!
« Firmado — Julian »

Todos — Ah! muy bien!
Ernestina — Y qué dice el señor?
Julian — Qué, señora?
Ernestina — Vuestros votos de amor ahí se ven? Vuestro es el Billeje.

Julian — En buena hora.
Pero pid : antes que una cadena
Uno al otro nos una constante,
(A Adela)

Esta carta perdida en la arena
Queréis leer bondadosa un instante?
Adela — (Toma y lee con la misma expresion de Leocio).

Ernestina — Y qué dice el señor?
Julian — Qué, señora?
Ernestina — Vuestros votos de amor ahí se ven? Vuestro es el Billeje.

Julian — En buena hora.
Pero pid : antes que una cadena
Uno al otro nos una constante,
(A Adela)

Esta carta perdida en la arena
Queréis leer bondadosa un instante?
Adela — (Toma y lee con la misma expresion de Leocio).

« Solo espero de vos la ventura,
« Leocio; eterna será mi pasión;
« No merece Julian mi ternura
« Pues no puedo adorar sino á vos.
« Ernestina — firmado ».

Todos — Ah! muy bien!

Ernestina — Y qué dice el señor?

Julian — Qué, señora?
Vuestros votos de amor ahí se ven?
Vuestro es el billeje

Ernestina — En buena hora.
Julian, devolviendo su carta, (hablado) — Quercis permitirme, señora, que os restituia?... Ernestina, devolviendole la suya — Ah! señor; yo soy quien debo entregaros... (Rien ambos) — Ah!... ah!... ah!... Los dos á una — Ah! bello es en realidad Arder en intensa llama, Y hallar en el que se ama Constancia y fidelidad. (Todos repiten la estrofa precedente).

Ernestina — Y bien! Julian, ambos tan culpables!... Julian — No tenemos ningun reproche que dirigirnos.

Martin — Y yo como jefe de los ladrones, os pido su perdón!... Leocio, á Julian — Ah! si hubiese adivinado vuestro amor, cuántos tormentos me hubiera evitado!

Adela, á su hermana — Si me hubiese dicho una palabra de eso, no hubiese tenido tantos remordimientos de amarle!

Martin — Ved lo que somos en el mundo; guardamos fidelidad porque creemos en la de los otros... y sin embargo no se trata sino de entendernos!...

Fin.

LA HOSTERIA DEL ANGEL GUARDIAN.

Traducción del francés.
(Cocleyle)
XXVI.

EL CONTRATO — SORPRESA Y GENEROSIDAD.

El día siguiente era el día señalado para el contrato. Todos estaban inquietos en el Angel Guardian, no viendo ningun indicio de la ceremonia que se aproximaba. El general conversaba tranquilamente. Despues del desayuno, solo Jacobo y Pablo se mostraban alegres y contentos.

El general se levantó y anunció que era tiempo de retirarse — Cada uno pasó á su habitacion y de cada lado se oyeron purir explosiones de sorpresa y de alegría. Elly y la señora Bidot temian en su habitacion vestidos de seda distintos, sencillos pero con la sencillez del gusto; chales de seda bordados y bellas gorras de encajes. Las cintas de la de Elly eran de un azul de cielo y las de su hermana de un verde-gris. Caudales, mangos, calzados, guantes, pañuelos, nada faltaba al complemento de la toilette — Moutier encontró un vestido completo de particular y lo mismo Derigny. Jacobo y Pablo hallaron por su parte lindos trajes de la estacion — Vistiendolos, no olvidaron adornarse con el presente mas precioso para ellos que era el reloj.

Terminado rápidamente el tocador se apresuraron á salirse al encuentro uno de otros, y cuando se hallaban reunidos en la sala, la puerta se abrió majestuosamente y el general se presentó vestido de gala — Su rostro se inundó de satisfaccion y su corazon se conmovió cuando los habitantes todos del Angel Guardian le rodearon para expresarle la vivacidad de su reconocimiento. — Y bien, hijos mios, digo — Creeréis al viejo Bourain cuando de nuevo os diga: — « confiad en mi, por nada os inquietéis » — ¡Querido general! — exclamaron todos con la espontaneidad de la emocion.

— Ahora, prosiguió el general, salgamos á recibir á nuestros convidados y al notario.

— Pero donde general, donde están?

— Eso es lo que vais á ver — En marcha, desfilando por la izquierda.

El general rompió el primero la marcha, en dirección á la posada de Bourain, seguido de todos los demás. A su paso, los aldeanos acudieron á las puertas.

— Seguidnos, gritaba el general, á todos os invito; seguidnos amigos mios!

Todos se apresuraban á aceptar esta invitacion y una numerosa reunion llegó así á la posada de Bourain. En el instante en que se collocaban al frente de la portada principal, la tela que cubria la puerta fué descorrida y la multitud encantada pudo contemplar un gran cuadro que representaba al general de pie, vestido de gran uniforme y con todas sus medallas y condecoraciones en el pecho — Sobre la puerta estaban escritas con letras doradas estas palabras: — Al General reconocido.

La pintura no era de primera calidad, pero la similitud era perfecta y la vivacidad de los colores aumentaba su belleza á los ojos de la multitud. Durante algunos instantes no se oyeron sino los aplausos de los sencillos aldeanos. El cura apareció en ese momento en el umbral de la puerta é hizo señas de que quería hablar; todos guardaron silencio.

— Amigos mios, dijo: — el general ha comprado la posada en la cual hubiera perecido víctima de asesinos sin el coraje del señor Moutier y de todos vosotros que habeis acudido presurosos al llamamiento de nuestro bravo sargento. Ha querido agradecer su gratitud á la familia que vá á ser la de Moutier, haciendo la adquisicion de esta posada para atender sus necesidades en nuestro pais; sus mas hijos mios; se ha dignado consagrar la suma enorme de ciento cincuenta mil francos para reparar y embellecer nuestra pobre iglesia, para fundar un establecimiento de hermanas de caridad, un hospital y un asilo para socorrer á los enfermos de la comunidad. He aqui, hijos mios, lo que todos debemos á la generosidad del General reconocido. Que ese cuadro haga impercedera la memoria de sus beneficios.

Los gritos y los vivas se rebotaron y la multitud entusiasmada rodeó al general queriendo levantarlo en andas, y conduciendolo á su puesto al interior de la posada, pero el general se resistió á esa demostracion, primero con política, despues con acaloramiento y ultimamente por movimientos precipitados de cuello y de manos que obligaron á dejarle el paso libre.

El general saltó entonces el umbral y se perdió en el interior de la hosteria, donde le siguieron los habitantes del Angel Guardian y por su órden todos los aldeanos. Al entrar, Elly y Moutier, se hallaron en frente de una reunion compacta, que componian el notario, los parientes, los amigos y los vecinos que llenaban la sala mas espaciosa que antes, pintada y amueblada con elegante sencillez. Los asientos estaban preparados de acuerdo con el número de los invitados convidados. El general hizo senar á Elly entre él y Moutier, la señora Bidot se sentó á su izquierda, á su lado Derigny y su segunda de los niños. El notario se hallaba colocado al frente con una mesa por medio. Cuando todos tomaron asiento el notario empezó la lectura del contrato.

Cuando llegó á la cláusula en que habbaba de la fortuna de los novios, leyó:

« La futura constituyó en dote los prados, bosques y dependencias de la casa llamada del Angel Guardian ».

Elly dejó escapar un grito de sorpresa y corrió hacia el general cuyas manos stó firmemente.

— Como! mi general, exclamó; yo no puedo consentir... — Hija mia, le contestó el viejo general, es mi presente de bodas. Vais á ser la compañera de Moutier del hermano Moutier que dos veces me ha salvado la vida y cuya nobleza y generosidad nunca podria estimar lo bastante, pero cuya debilidad habrá satisfecho en alguna parte contribuyendo asi á su felicidad. No me podéis quitar la satisfaccion de asociarme de este modo á vuestra dicha.

— Oh! mi general exclamó Moutier — Permitted que os abrase.

— Con todo mi corazon hijo mio!... Y ahora continuemos la lectura del contrato.

El notario terminó su lectura; una cláusula hizo ruborizar á la señora Bidot que parecia chocada de la estravagante idea que la dichosa Beccia.

« En el caso de que la Sra. viuda Bidot llegue á casarse, su parte en la propiedad del Angel Guardian volverá á su hermano Elly, y será indemnizada con la casa del General reconocido, que el conde de Bourain le cedera á condicion de que la Sra. Bidot se case con el hombre indicado por él y que se reserve hacerle concebir ».

El notario no pudo dejar de sonreirse al ver el asombro que causaba esta cláusula que el general se habia empeñado en introducir.

— Al fin, dijo riendo la señora Blidot, despues que se hubo re-
puede de su sorpresa, al fin, eso á nada me obliga, pues no se me
puede imponer lo que yo voluntariamente no acepto.

— Quién sabe? replicó el general. Acaso cuando conocais el fu-
turo vuestra opinion se modifique.
— No temo nada.

— Firmad, señores y señoras, interrumpió el notario.
— Y ahora, á comer, dijo el general cuanto concluyó el acto de las
firmas.

La señora Blidot se espantó á esta idea. Como podia arreglarse sin
comida preparada, sin mesa apropiada, ni cubiertos!

— General, dijo con aire de súplica. Si comiésemos aquí! Está
este sitio tan encantador!

— Comeremos en vuestra casa, amiga mia. No notais que Elfy y
Moulier están impacientes por pasearse en su nueva propiedad?
Marchemos.

El general salió seguido de toda la comitiva — Jacobo y Pablo que
corrían adelante llegaron los primeros al Angel Guardian y prorrumpie-
ron en explosiones de júbilo — El frente de la casa estaba guar-
necido con naranjos, otros arbustos y flores. Las salas estaban tapi-
zadas de azul y dos espaciosas mesas llenaban el centro de cada una.

Numerosos sirvientes llegados de Paris desempeñaban el servicio
de la mesa.

La comida fué alegre y prolongada, salpicada de chiste y amena-
zada por las cándidas ocurrencias de los habitantes de la aldea, sobre
los platos desconocidos que se sucedían de la inagotable cocina de
Chevet.

Al fin de la comida el general se levantó y todos hicieron lo mismo.
— El general abrió la puerta que caía al jardín — Elfy arrojó una es-
clamación de alegre sorpresa y corrió lijera como un pájaro hacia la
elegante barrera que se habia colocado y abierto sobre el prado du-
rante la breve ausencia de los propietarios.

Todos corrieron en pos de Elfy, y solo el cura permaneció al lado
del general que encantado, se frotaba las manos y saltaba alegremen-
te apesar de su robustez soberrana.

— Debeis ser muy felix con la felicidad que proporcionais, díjole
el cura. ¿Jamás se extinguirá vuestro recuerdo, general, y yo, por mi
parte, regardé por vos todos los dias de mi vida.

— Gracias, mi buen cura; pero mi tarea no ha concluido, y necesito
que me ayudeis á consumirla.

— Disponed de mi.
— Pues bien; veo con pena que el matrimonio de Elfy, vá á ópe-
rar un cambio en la posición de su hermana, cuyas consecuencias
preveo. Ved cual es mi pena. Dentro de pocos dias la guerra vá á ter-
minar y será preciso que me vuelva á Rusia; me llevaré á sus niños.
..... Esperad,.... esperad,.... llevaré tambien á sus niñas, pues
es natural que sigan á su padre. Pero la señora Blidot no podrá se-
pararse de ellos, y aquí, cuando con vuestra cooperación para dispo-
ner á la señora Blidot á ser la señora Derigny.

— Tomo que vuestro proyecto se estralle contra la imposibilidad,
porque la señora Blidot ha amado á su marido y venera su memoria.

— Pero Jacobo y Pablo á quienes ella ama tanto, tendrán bastante
fuerza para decidirla.

— General, yo no dejaré de secundaros, pues me he formado una
opinion muy favorable de Derigny.

— Pardié! es un muchacho perfecto, un corazon de oro.
La conversacion se interrumpió con la llegada de los pesantes.

— Oh general! dijo Elfy adelantándose. Sois una providencia para
nosotros y no tengo palabras para expresar lo que siento.

— Hija mia, no me habeis así, por que mis ojos se humedecen
— Yo no soy mas que un instrumento vulgar de la Providencia que
quiere recompensar vuestro amor y vuestras virtudes.

— Pasados algunos instantes de separacion, la concurrencia se divi-
dió, retirándose el notario y los demás convidados del exterior á la
posada del General reconocido donde les estaba preparado el aloja-
miento.

XXVII.
LA BODA.

El día siguiente tuvo lugar la ceremonia que unia con un vinculo
sagrado los destinos del bravo sargento y de la candorosa Elfy.

— Pasmos sobre los detalles que se pintó la imaginacion del lector y
que sería difícil reproducir en la narracion.

Concluida que fué, el general preguntó á la señora Blidot que día
había designado para su boda.

— Mi boda? exclamó aquella. Bastante he tenido con la primera,
general.

— Decis eso amiga mia con el aire de una enterrada en vida!
— Es, general, que tengo la muerte dentro del alma.

— En un día de regocijo como este?
— Vos sabeis que Jacobo y Pablo son mi mas viva afecion —
¿Creis que su padre me los dejará, consintiendo en separarse de
ellos?

— A decir verdad, yo creo que no — pero si tenéis confianza en el
viejo general todo podrá arreglarse por algun medio — De vos solo
dependera.

— Oh! Si de mí depende, no conteis con que ponga dificultad á
nada!

— Pues bien; no olvidéis lo que acabais de decirme que os lo
recordaré en tiempo y lugar. Y ahora, nada de tristezas, no pen-
semos sino en divertirnos.

El general dejó á la señora Blidot para arrojar un golpe de vista
sobre la comida — Todo estaba ya preparado y volvió al lado de Elfy.

La puerta del fondo se abrió y un mozo de hotel vestido de gala
perisienne, anunció — « el general está servido ».

Una sala inmensa se ofreció á la vista de los convidados asombra-
dos y de Elfy encantada. El patio se habia convertido en comedor;
colgaduras rojas guarnecían todas las paredes. Una gran vitriera
daba paso á la luz de lo alto; la mesa de cincuenta y dos cubiertos
estaba espléndidamente guarnecida de cristales, de bronce, de can-
delabros, etc.

Reteniamos á describir la diversidad de platos que llenaron la
mesa y la estupefacción de los convidados á cada uno de ellos, pues
nunca habian comprendido que la cocina tuviese un idioma tan
vasto y tan complicado.

Despues de la comida se bailó en el jardín del Angel Guardian,
alumbrado con vasos de colores, y á continuación del baile los fue-
gos artificiales llevaron al colmo la admiracion de los convidados.

El recuerdo de esta fiesta está aun tan vivo en Loumigny como el
día en que tuvo lugar.

XXVIII.
SORPRESA DEL LECTOR.

Dias despues de las escenas que hemos narrado se hallaban re-
nidos en el jardín del Angel Guardian los principales personajes de
esta historia.

En el rostro de Derigny no se pintaba ya aquella tristeza que tanto
chocaba en medio de la alegría universal. Sentado al lado de la her-
mana de Elfy, acariciaba á sus dos chicos, entretenidos en es-
perar á Pablo en el aire.

El general lo miraba de reojo con satisfaccion visible.
— Y bien! señora Derigny, dijo derrepente volviéndose á la due-
ña del Angel Guardian — ¿Qué es lo que hace algunos dias me de-
cisais, y cuales son las palabras con que repliqué yo á vuestro tono
de seguridad?

El lector, como nosotros, se sorprende, y quisiera ver una broma
en las palabras del general, pero una dulce sonrisa se desprende de
los labios de la interpelada, con estas palabras:

— Hay sucesos, mi general, que son demasiado felices para que
la imaginacion no tems pasar levemente sobre ellos.

La felicidad pues ha extendido sus alas sobre la hospitalaria posada
del Angel Guardian, donde todos los labios sonrien, las palabras son
de dulzura y los corazones palpitan agradablemente.

Torchonnet, rehabilitado se acaba de emplear en una casa de com-
ercio.

El proceso de Bournier se terminó por la condenacion de los tres
cómplices á una perpétua prision.

El cura hizo ejecutar los trabajos que habia indicado el general y
la iglesia de Loumigny ha llegado á ser la mas bella del pais, vi-
sitada frecuentemente por los viajeros de distincion que se venen en
la hosteria del Angel Guardian, y en la del General reconocido,
únicas posadas de la aldea.

FIN.

Radiacion.

A D. CARLOS MARIA RAMIREZ.

Tus sueños algun dia, veranse realizadas....
En donde?... eso no importa, quizás en el Eden.

CARLOS M. RAMIREZ.

Velado el firmamento por ráfagas y nieblas,
Que anuncian al viajero la zona tropical,
El mar abre á la nave que cruza en las tinieblas,
Sus brazos de alabastro, su lecho de coral.

Qué dice el mar?... la nave se queja?... algun suspiro
Con el rumor de un beso modulía un tierno sí?...
No sé... pero en la popa yo con asombro miro
El misterico huieneo que se consume allí.

Al imantado choque de la ferrada quilla,
Fosfórica la onda con vivo resplandor,
Cual roja catarata se enciende, ruje, brilla,
Un círculo de fuego trazando en derredor.

De esmeraldas chipsas liviente remolino
Serpe en los costados del rápido bajel,
Y luminosa estela señala su camino.
Cual ígneo puente alzado por mano de Azrael;

El ánjel de la muerte que á Dios lleva anhelantes
Las almas que á la tierra ya nunca volverán,
Cual hevan en sus crestas las ondas fulgurantes
Relámpagos, que saltan é ignoro donde van.

Sublime es el incendio que esmalta el Océano
Y tñe el horizonte lejano de carmin!
Sublime el majestuoso prodijio soberano
Que brota al centelleo de un infusorio ruín! (1)

Señor! tu omnipotencia cuán esplendente brilla
Hasta en lo mas peñeño que observa la razon!
Qué efectos tan grandiosos la causa mas sencilla
Produce en tu animada ó inerte creacion!

Qué lazo á los planetas dotieuc' allí en su esfera,
Y en torno al sol los lanetas con invencible íman?
Porqué el ráudo cometa jamás en su carrera
Tropieza con los astros que én su camino estan?

Tú como el rey del día, para el mortal has hecho
Oh Dios, un sol humano con nombre de muger:
El hombre al contemplarlo, bullir siente en el pecho
Un mundo de ilusiones, de ensueños y placer.

En ella está escondida como en celeste vaso
La gota mas preciosa del cáliz terrenal;
Fulgor del alborada, fragancia del ocaseo
Que aroma la existencia del misero mortal.

Qué importa que la nieve salpique ya el cabello,
Si amante sus recuerdos evoca el pecho fiel,
Y guarda el alma, aun jóven para lo grande y bello.
Palabras de ambrosia, coronas de laurel?

Si ostenta el firmamento guirnaldas de luceros,
Que arjentan el vacío con luz crepuscular,
Def corazon y el alma los fúlgidos veneros
En esplendores venéan al encendido mar.

Y en vano en las tinieblas la nave de la vida
Reluchá con las olas en hórrido vaivén,
Al fin luz misteriosa la tierra benediceja
Le muestra como al gémo su virjinal Eden. (2)

Amor, gloria, esperanza, vago, infinito anhelo,
Que sois de otra existencia divina emanacion,
Llebadme en vuestras alas hasta el remoto cielo,
Iluminad mi tumba con vuestra Rábitacion!

AGUSTIN M. MAGARIÑOS, CERVANTES.
(Brisas del Plata.)

Ventajas del desesperar.

Niña versátil, un día,
Te idolatré con ansia,
Y al par de esa idolatría
Entí perjurá, surgía,
La necesidad de un enojo.

Y, si en aquella ocasión
Fuente de lágrimas hizo
De mi pecho, esa pasión,
Hoy tu frágil corazon
Esas lágrimas deshielo.

En el erial de la vida
Ayer una flor buscando
Te hallé entre otras escondida
Sentí mi quietud perdida
Y quedé desesperando.

Hoy te pierdo, y aunque siento
Que me abandones traidora
Creyendo darme tormento,
Traquiló mi pensamiento
Reposa en la mente ahora.

Creyendo alcanzar la palma
De tú amor, con mi cariño,
Busqué un altar en tu alma
Y me robaste la calma,
Una vez, aun siendo niño.

Mas tardé aquel embeloso
Se transformó en desencanto
Y desde entonces confieso
Que si no ha quedado ileso
Mi pecho, no sufro tanto.

Hace un año que al mirar
Tu rostro, por vez primera
Sentí una pasión brotar
Y mi existencia abrazar
Del corazon en la hoguera.

(2) En la noche del 12 de Octubre de 1492 Colon descubrió el
Nuevo-Mundo, y tuvo en cierto modo la revelacion de la proximidad
de la tierra por una luz distante que oscilaba en la playa. Nuestro
compatriota y amigo D. Heracio Fajardo, en su bello libro á Colon
ha expresado admirablemente el efecto que debió producir aquella
luz en el alma del insigne marino, combatida por tantas amarguras:

— Era un vivo destello de topacio
— Flotando de las aguas al nivel,
— Como estrella caída del espacio
— Para alumbrar la ruta del bajel.

(1) La fosforescencia del mar que tan admirables efectos produce
en la oscuridad de la noche, es muy frecuente en el mar de los tropi-
cos y en las regiones polares; se observa tambien en el Mediter-
ráneo y costas del Atlántico. La opinion mas acreditada es que esta
luz proviene de una asombrosa cantidad de animalitos infusorios,
vivos vivos y otros en estado de descomposicion. — Yo he visto el
fenómeno en las costas del Brasil, viniendo de Europa, y lejos de
haber exageracion en el cuadro que he trazado, es apenas un pali-
do bosquejo de la honra impresion que desperté en mi ánimo.

Mas tú, hablando imprudente
El culto que en esta vida
Yo te rindiera inocente,
Devolvistes á mi mente
Toda la quietud perdida.
Ya ves, los preciosos bienes
Que me brinda el desamor,
Y como con sus desdenes
Arranca hoy de mis sienas
La corona del dolor.

R. G.

Montevideo, 1862.

LA POESÍA EN UN

A UNA NIÑA.

Si yo alcanzara un pensamiento nuevo,
Digno tambien de deponer en tu ara,
Un pensamiento que arrancara á Febo
Los rayos de una luz mas viva y clara;

Que brotase en cascadas de armonía
Que escapara al genio explorador,
Allá en el fondo de una selva umbría,
De otras Florás albergue encantador;

Si la naturaleza espalmeada
Con nuevas joyas de su rico seno,
Espaciara á mi vista arrebatada
Nuevo horizonte de grandezas heno;

Oh! — Yo iría á beber en su palés
Los colores mas bellos y suaves,
Templaría mi lira de poeta
En la música tierna de las aves.

Peró si todo es vago, niña mia,
Y á tu lado se nubla y pedicea;
Si la fuente de ignota poesía
Un canto digno para tí no ofrece,

Deja olvidada la olvidada lira,
Que arda en la estufa de vulgares fuegos,
Ó que descanse en el umbral do espira
La planta exansta de calor y riegos!

Deja que solo para tí se exprese
El corazón en íntimos latidos,
Que absorbo, nunca de mirarte cese,
Y á tí converjan todos mis sentidos.

Un sentimiento nina tan honde como el mio
No puede, no profano, sonar el extranjero;
Oh! — solo mi silencio podrá expresarte pio
Amor que de Dios tiene lo grande y duradero!

A.

A las lectoras de El Iris.

Se comprende fácilmente que la situación porque pasamos es incompatible con la aparición de un periódico literario que nadie lee ni puede leer.

Por otra parte, en momentos supremos como los que golpean á las puertas de la República, es otra la misión del ciudadano.

Esto explica la suspensión que sobre El Iris desde el presente número.

Hemos querido que apareciese hasta la vijésima entrega para poder formar un tomo y dar complemento á todos los trabajos que se publicaban, por cuya razon tambien sale

con un aumento de cuatro páginas, en las que se comprenden de un Índice General de todas las materias contenidas en ese tomo.

Cumplimos con el deber de agradecer la protección que hemos merecido y que esperamos merecer mas adelante, si despues de la tempestad que brama en la República, logramos alcanzar días serenos, prosiguiendo en la tarea que suspendemos hoy.

ALCIMO DE VEDIA.

A las lectoras de «El Iris».

«El Iris» sería ingrato si al suspender su salida no expresara su reconocimiento á la mitad bella del sexo, por la benevolencia que le ha merecido hasta aquí, apesar de haber sido poco escrupuloso en el cumplimiento de las promesas con que se presentó, con respecto á ellas.

Al inaugurar su segunda época, si vuestras esperanzas no se estreñan segunda vez contra la voluntad de fierro del destino, trataremos de ser mai puntuales en la ejecucion de nuestras promesas, alcanzando asi á merecer bien de las inteligentes lectoras.

Ellas tambien comprenderán nuestra resolución; ellas, que van á tener una misión noble y gloriosa en los momentos de la lucha que se aproxima; misión humanitaria, de valor y de generosidad, en la que su corazón tierno y sensible se expandirá de sensibilidad y de ternura.

Hasta momentos mas felices y propicios.

ALCIMO.

El Bandido.

Como los demas trabajos que El Iris ha tenido la fortuna de conseguir en sus páginas, termina en este número EL BANDIDO, preciosa narración histórica en que su ilustrado y modesto autor ha vaciado tan altos pensamientos y profundizado cuestiones tan importantes para nuestro porvenir político y social.

Dotés muy especiales para este género de trabajos, ha revelado el incógnito autor, en todas las faces que distinguen al narrador.

Los personajes están perfectamente caracterizados y se conocen en sus menores rasgos; el lenguaje admirable por su verdad; las costumbres de nuestros campos descriptas con maestría; la hilación de los acontecimientos sujeta á una lógica rigurosa; la poesía de las comparaciones propia del acto, y limitadas estas á la precisión y á la claridad; el desenlace sublime de sencillo y naturalidad.

Mas adelante hemos de hacer una edición separada de El Bandido é ilustrada si es posible con grabados, porque las ideas que se han vertido en este trabajo literario, en su primer grado la idea capital que le preside, deben tener una circulación tan vasta como sea posible.

Si cuando llegue ese instante, podemos lograr que su autor nos habilite para dar su nombre, nuestra satisfacción será mayor al ofrecerlo al público, porque ese nombre al frente de la obra, concurrirá una recomendación que plica y elocuente de su mérito y de sus tendencias generosas.

A. DE V.

Sumario.

La historia antigua, en sus rasgos capitales, concluida, por D. Vicente F. Lopez — El Bandido, conclusion, por X. — Las letras, conclusion, traduccion de A. de V. — La hosteria del Angel Guardian, conclusion, traduccion de A. de V. — Radiacion, poema del Dr. D. Alejandro Magariños Cervantes — Varias materias, poema, por B. G. — La poesia eres tú, poema, por A. — Los colores de El Iris — Varias materias.

INDICE

DE TODAS LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO I DE EL IRIS QUE LO FORMA LA VIJESIMA ENTREGA.

Prospecto por A. de V.	1	Francisco Cortina, por D. A. de V.	89
Nuestras ideas, ídem.	1	La direccion de El Iris.	80
A la juventud, ídem.	2	Prims de El Iris — La Violeta (poesia).	80
À nuestras lectoras, por Alcimo.	2	La religion, por D. Manuel Garzon.	82
La ley del progreso, por el Dr. D. A. Magariños Cervantes.	25	La América, apéndice de la cuestion peruana, por el Dr. Perez Gomar.	89 107
Reviewers, por D. Adolfo Vaillant.	6	À la memoria de Adolfo Berro, poesia de D. Julio Masas.	91
Derecho internacional privado por el Dr. D. Gregorio Perez Gomar.	6, 23	Los negros, por J. N. de V.	93
Un hombre al mar, fragmento de los Mierables de Hugo, por J. Meditaciones, por Alcimo.	8	Cátedra de Derecho de Gentes, por T. A. de V.	94
La Hosteria del Angel Guardian, traduccion de D. A. de V.	10, 28, 41, 59, 78, 95, 109, 124, 141, 157, 173, 190, 205, 217, 238, 253, 268, 284, 301.	9 Apuntes para la historia, nota del General Artigas.	97
El lenguaje de las flores, traduccion de B. A. de V.	319	À la independencia de la República, por D. Carlos Anaya.	98
Publicaciones — Actividad y progreso, por D. A. de V.	14	El Perú y la España, por G.	101
Apuntes para la historia.	15	Sobre las Constituciones, por el Dr. D. Carlos G. Villademoros.	102
À Marians, poesia de A.	16	El congreso de la paz, por D. Eliseo F. Dutra (Cátedra de Derecho)	104
Apuntes para la historia de la Republica, por D. Carlos Anaya.	17, 33, 49, 65	Adolfo Berro, por D. A. de V.	109
El color y la sequia, por D. Adolfo Vaillant.	20	Paris en América — Tu destino — Reflejo — (poesias).	112
Pensamientos políticos, recopilados por el Dr. D. Enrique de Arzobucasta.	35	La Libertad, (Cátedra de Derecho de Gentes) por D. Julio H. y Obes.	113
Eccentricidades, por D. A. de V.	31	Diálogo entre la Polonia y la Republica, por G. F. G.	117
Brisas del Plata — «El Católico» — Luz y tinieblas — por D. A. de V.	32	El Congreso de la paz, traduccion de B. A. de V.	119 135
Los negros de Africa, por D. Adolfo Vaillant.	34	Racionalismo, por el Catedrático de Derecho de Gentes.	121
Publicaciones, por D. A. de V.	40	Derecho internacional (nociones preliminares) por el Dr. Perez Gomar.	122 139
Un pié en el abismo, traduccion de Enrique de Vedia.	44	La obra del Sr. D. Arsene Isabelle, por E.	123
À nuestras lectoras.	45	El qué dirán, por F. G.	126
La flor del aire, por el Dr. D. Juan M. Gutierrez.	47	Elesclavo (poesia) por D. Gonzalo Ramirez.	127
Compassion, poesia de A.	47	La restitution in integrum, tesis del Dr. D. Bonifacio Martinez	129
Las dos vidas, poesia de R. G.	47	Ley hipotecaria, por el Dr. D. Tristan Narraja.	132
Agresiones católicas — Poesía — Memoria histórica — «Le progreso» — por A. de V.	48	Defensa, del Coronel R. Pantaleon Perez.	137 154
Informe sobre la comision de los delitos, por el Dr. Perez Gomar.	50	La Summum, (Cátedra de Derecho de Gentes), por D. J. S. y C.	140
Las canciones populares de los pueblos eslavos, traduccion de A. de V.	55, 77, 87	Idea de la perfeccion humana, por D. A. de V.	144
Estadística, por D. Adolfo Vaillant.	56	El lago, poesia de A.	144
Causas de los delitos, por D. A. de V.	58	Al que no está hecho á burlas... juguete cómico por D. Julio C. Buero.	145 168
La verdad de la inspiracion, por D. A. de V.	62	Proyecto de ley de hipotecas.	148
Obras utiles — «The River Plate Magazine» — Dedicatoria (poesia) por A. de V.	63	La propiedad, por D. Lucio Rodriguez.	154
Discurso, pronunciado por el Senador Argentino D. Nicolas A. Calvo.	66	Los titeres y Misericordia, por D. Adolfo Vaillant.	156
Flores silvestres, (poesias) por Alcimo.	70	Obra importante — Compositon Dramática — La patria ideal (poesia) por A.	160
Del teatro dramático, por C.	74	Ensayo sobre la pena de muerte, por X.	161
El concierto, por A.	75	La obra del Dr. Perez Gomar, por D. A. de V.	163
Los Guarans, por D. Adolfo Vaillant.	76, 86	La asociacion (conferencia) por D. Manuel Derqui.	166

Conferencia de los abogados, traducción de D. A. de V.....	182	Las tres gracias, por Rodolfo.....	250
William Shakespeare, por Victor Hugo, traducción del Sr. Vaillant.....	185, 199	El amor paterno y Mr. Jules Simon, por D. A. Vaillant.....	251
Tipo popular — el gaucho, por Rodolfo.....	186	El Pecedor Arrepentido, poesía de D. J. Macco.....	251
El Bandido, por X.....	187, 197, 212, 229, 243, 269, 280, 295	Fantasia y verdad, poesía de A.....	254
La infancia, poesía de A.....	192	Caridad, poesía.....	255
El olmo del yerjel, por Rafael.....	193	El descubridor de América, por D. A. V.....	255
La esperanza Beru, poesía, por G. F. G.....	196	Curso elemental de Derecho de Gentes, por D. A. de V.....	256
Rasgos biográficos del educacionista Sr. Bonifaz, por F. B.....	201	Miscelánea, por Rodolfo.....	262
Dicha y pesar, poesía del Sr. Maeso — Lo imposible, poesía de X.....	207, 208	Aroma, poesía del Dr. D. Alejandro Magarinos Cervantes.....	269
El arrepentimiento, por D. Eliseo F. Outes.....	209	Inspiración, poesía de D. J. S. y C.....	270
Tipos populares, D. Luis — por Rodolfo.....	216	La primavera, poesía de A.....	271
Poesía — Nuevas esperanzas, por D. A. de V.....	219	Contemplación, poesía de D. Pedro J. Varela.....	271
Encicla, libro cuarto, traducción de Vicente Lopez.....	219	La catedral de Milan (grabado y definición).....	273
Meditación, poesía de D. Pedro J. Varela.....	222	Un sistema filosófico por X.....	276
A mi hermano, poesía de D. Carlos M. Ramírez.....	223	Origen psicológico de la literatura, por el Dr. D. Vicente F. Lopez.....	277
Las obras del Sr. Bonifaz — Compendio de historia del Sr. Demaria, por B. A. de V.....	221	Soñamas económicas por Bastiat, traducidos para Et. Ins., 179, 292	282
La historia antigua, en sus rasgos capitales, por el Dr. D. Vicente F. Lopez.....	225, 241, 257, 271, 289	Felipe Irigoyen, anécdota, por Rodolfo.....	282
A nuestros lectores, por D. A. de V.....	227	El solitario, poesía de A. — Oriental, poesía de J. S. y C. — Epitafio, poesía de A.....	287
Guttemberg, por Alfonso de Lamartine, traducción de D. A. de V.....	227, 247	Una tía (artículo bibliográfico) por D. A. de V.....	288
La felicidad, por F. G.....	231	Historia de la tierra, por D. A. de V.....	288
El papel moneda en China, por D. Adolfo Vaillant.....	232	Historia de la tierra, por X.....	294
Anecdota sobre tipos populares, por Rodolfo.....	233	Los infieles, comedia traducida y arreglada por D. A. de V., 298	314
El Popel Vuh, por D. A. Vaillant.....	235	La madre, por Rodolfo — La libertad, poesía de A.....	302
Compendio de historia, por D. A. de V.....	237	Á Chofa, en su álbum, poesía de D. Carlos M. Ramírez.....	304
La mujer, poesía de A.....	239	La resignación, imitación, por A.....	304
El Colegio Nacional — Filtro de agua.....	240	Radiación, poesía del Dr. D. Alejandro Magarinos Cervantes.....	320
		Ventajas del desamor, poesía de R. G.....	321
		La poesía eres tú, poesía de A.....	322
		Á los lectores de Et. Ins., por D. A. de V. — Á las lectoras de Et. Ins., por Alcimo — El Bandido por D. A. de V.....	322